

dieron con otros muchos Cristianos sus discípulos ó cooperadores.

18. Mandó Rústico, Prefecto entonces de Roma, que compareciesen en su tribunal, y los amonestó á que obedeciesen las órdenes del Soberano, sacrificando á los dioses. Justino contestó, que nadie era criminal por obedecer á Jesucristo. „¿Cuál es vuestra profesion, le preguntó Rústico, viéndole en traje de filósofo? á lo que Justino contestó diciendo: yo he buscado por mucho tiempo la verdad en todas las sectas filosóficas; y desengañado al fin de las preocupaciones contra los Cristianos encontré entre ellos esta perla inestimable. ¿Luego tú, miserable, exclamó Rústico, aprecias y haces profesion de esa doctrina? No es verdadero filósofo, añadió Justino, el que no sigue la verdad en cualquiera parte donde la descubra. El Prefecto le preguntó en qué sitio se congregaban los Cristianos; y el Santo le respondió que en su habitacion particular, porque no se creyó obligado á descubrir todos los lugares donde se reunian los Cristianos, á un Magistrado que abusaba del poder que le habia conferido el cielo contra el mismo cielo; y dijo al Prefecto: ¿imagináis vos que nosotros nos juntamos siempre en un mismo sitio? No está encerrado nuestro Dios en ningun lugar determinado, porque es inmenso aunque invisible, y como llena con su presencia toda la estension del cielo y de la tierra, le tributamos en todas partes el culto que le es debido. ¿Luego al fin, tú eres Cristiano? le dijo Rústico. Sí lo soy, respondió Justino.” El Prefecto diri-

gió al punto la misma pregunta á los compañeros del santo Confesor, Cariton, Hierax, Peon, Evelpisto, Liberiano, y á una muger que se llamaba Caritina: sufrió cada uno de estos su interrogatorio aparte, y todos confesaron la fe cristiana con el propio valor.

El Magistrado volviendo á mirar á Justino le dijo: „tú que estás tan instruido en la filosofía y tienes tanta penetración, ¿piensas que padecidos aquí los tormentos, subirás al cielo, y recibirás la recompensa de lo que pierdas en la tierra? No es eso imaginacion, le respondió Justino; es una ciencia tan cierta que no admite género alguno de duda. Pasemos en silencio todas esas ilusiones, le dijo Rústico, y hablemos de lo que nos interesa: ofreced sacrificios á los dioses todos los que aquí estais, ó daré la orden para que os conduzcan al suplicio. Dijeron entonces todos: apresuraos á realizar vuestra amenaza; nosotros somos Cristianos y no sacrificamos á los ídolos, porque nada ansiamos tan ardientemente como padecer por el nombre de Jesucristo.” El Prefecto mandó por fin, que azotasen con varas y cortasen despues la cabeza á los que no quisiesen ofrecer sacrificios á los dioses. Dieron gracias á Dios los santos Mártires por este beneficio, y cumpliósese la sentencia en todos al pie de la letra, sin esceptuar á San Justino, aunque disfrutaba el privilegio de ciudadano de Roma.

19. Los escritos que han llegado hasta nosotros de San Justino, además de las apologías de la Religion

cristiana, son la segunda parte de su tratado de la unidad de Dios titulada la *Monarquía*; dos discursos á los Gentiles para persuadirlos á abrazar el cristianismo y casi todo el importante diálogo con el judío Trifon. Es esta una cuestion ó controversia contra los Judíos en que se advierte que al tiempo de escribirla Justino, que fue poco despues de la primera apología, en el reinado de Antonino, no estaban todavía universalmente prohibidas las observancias legales como contrarias á la salvacion. En cuanto á las demás obras que corren con el nombre de San Justino, se duda de ellas con fundamento sin exceptuar la admirable carta á Diogneto, que aunque parece escrita por un autor mas antiguo que aquel santo Mártir, no es menos elegante, ó menos útil á la Religion. Puede considerarse sin embargo á San Justino como el primero, ó el mas antiguo de los padres de la Iglesia, despues de los discípulos del Salvador y de los Apóstoles.

Á pesar de haber consumido tanto tiempo en el estado de la filosofía profana, explica nuestros misterios con una exactitud que se hace admirar entre los autores antiguos, é interpreta fielmente las escrituras exceptuando lo que toca al reino del Mesías, de cuyo misterio habla en el sentido mismo que los Milenarios espirituales, esto es, los que se oponian á la corrupcion de las costumbres. Engañóse tambien en cuanto á la naturaleza de los ángeles y de los demonios; y tratando del misterio de la Trinidad, hace uso de espresiones que parecen singulares. Pero si se

reflexiona con atencion la serie de su discurso, se nota que solo intentó tratar con términos filosóficos la doctrina que la Iglesia ha enseñado siempre. Desdeña por lo comun este piadoso y sólido escritor los adornos y elegancia del estilo; pero arrebatá á sus lectores por el modo luminoso con que los muestra la verdad. Aunque sus discursos pues son en extremo convincentes y llenos de vigor y doctrina, se descubre en ellos mas carácter de filósofo que de orador; y parece que temia corromper la simple y natural hermosura de la filosofía con los adornos postizos de la retórica. Resalta principalmente en él un conocimiento profundo de las materias filosóficas con una vasta erudicion y una instruccion completa en todo género de historias. Hállanse muchas veces en su estilo ciertas digresiones y pasages interrumpidos que para su inteligencia requieren una grande explicacion, porque despues de su bautismo habia puesto mucha mayor atencion en estudiar las máximas de los profetas, que los preceptos de Isócrates ó Demóstenes, como asegura San Basilio.

20. Mas en tanto que estos hombres apostólicos daban al universo con su sabiduría un espectáculo tan egemplar, la vanidad ofreció un egemplo memorable de los excesos á que puede conducir este vicio. Peregrino, el hombre mas extraordinario que se vió jamás, llegó á tal extremo de estravagancia, que se quemó él mismo públicamente en los juegos olímpicos (1). Nació este en Parium, ciudad de la Troa.

(1) *Lucian. de mort. Peregr. A. Gell. lib. 12. cap. 11.*

de, y habiendo pasado allí sus primeros años, se vió desterrado por causa de adulterio y por otros crímenes todavía mas infames; y aun se dijo que habia ahogado á su padre por parecerle que vivia demasiado. Buscando pues un lugar donde no fuese conocida su ignominia, vino á parar á Palestina, donde se hizo Cristiano, y supo ocultar con tanta perfeccion su perverso carácter, que llegó á obtener varios empleos de confianza entre los fieles. Movió su reputacion á los Gentiles á prenderle por la fe, y sostuvo el papel de Confesor con el mayor aplauso. Concurrían á verle los Cristianos pasando con él las noches, y procurando hacerle mas llevadera la prision. Recibió de algunas Iglesias de Asia diputados para consolarle y suministrarle nuevos socorros; y al fin esta persecucion le sirvió de pretexto para juntar mucho dinero. El Gobernador de Siria que tenia en mucho precio las costumbres filosóficas, creyó reconocerlas en Peregrino por el desprecio con que miraba la muerte; y así le concedió la libertad, prohibiéndole no obstante, que permaneciese en el distrito de su gobierno. Dióse pues á viajar de unas á otras provincias, declarándose abiertamente amigo de la filosofía que tanto le habia servido, y llevando á imitacion de los filósofos de aquel tiempo su báculo y su capa, sus alforjas y cabellos largos.

Contaba todavía con la caridad liberal de los Cristianos; pero al fin conocieron estos su hipocresía sacrílega, y le abandonaron horrorizados de su conducta. Sin estos socorros y falto por consiguiente del

principal motivo que tenia para disimular su carácter, probó en sus viages á hacer fortuna por otro nuevo rumbo. En Egipto puso en práctica todas las extravagancias torpes de los Cínicos, y volando desde Alejandría á Roma declamó allí abiertamente contra todos los grandes y poderosos, sin perdonar al mismo Emperador, hasta que le desterró el Prefecto, hecho que le adquirió nuevo crédito en el ánimo de sus crédulos admiradores. Retiróse desde Italia á Grecia, donde cualquier sofista encontraba acogida, y se hizo famoso en Atenas, porque se acomodó á vivir en una choza inmediata á la ciudad. Hallándose ya viejo, y habiendo agotado todos los recursos para conservar el aprecio de las gentes, se le asentó en la imaginacion que podia immortalizarse por un medio enteramente nuevo. Concurrió á la asamblea de los juegos olímpicos, que era la mas numerosa de toda la Grecia, y declaró en público, que la olimpiada siguiente, y en el mismo dia, se abrasaria vivo en aquel mismo lugar. Sabiendo que habian de transcurrir cuatro años, se lisongeaba que en tan largo tiempo sucederia algun incidente que le librase de su promesa. Consiguió entretanto los aplausos y admiracion de un pueblo frívolo y admirador de las cosas extraordinarias, que tenia por heroismo aquel valor insensato. Lució por fin el dia fatal, y no habia medio de evitarle. Discordaban los discípulos de Peregrino sobre lo que debia egecutar: unos eran de opinion que merecian prolongarse, cuanto fuese posible, los dias de un hombre tan importante; pero otros decian

que su honra estaba interesada en dar un ejemplo del desprecio de su vida, con toda la pompa que había prometido; y esta opinión prevaleció de tal modo que se vió en la necesidad de seguirla. La víspera del día señalado para esta estraña tragedia hizo el filósofo al pueblo una arenga de la muerte. Mas la mayor parte de los oyentes que tenían mas deseos del ejemplo que de las moralidades del orador que ya temblaba, clamó por todos lados que era ya tiempo de egecutar el sacrificio. El orador valiéndose de este pretesto, que los espectadores calificaron de tal, dejó pasar el día señalado. Asaltóle entre tanto una enfermedad, y el médico le reprendió su poca paciencia en los dolores, y le dijo, que un hombre que andaba en busca de la muerte debía recibirla sin pena cuando ella venia. ¿Y qué gloria conseguiré yo, le respondió Peregrino, si muero de una enfermedad como los demás hombres? Ajó de tal suerte su vanidad la reprension del médico, que declaró que en la noche siguiente se quemaria vivo. Concurrió á este espectáculo un inmenso gentío; preparó Peregrino una grande hoguera, y á la media noche se dejó ver con una antorcha en la mano y seguido de todos sus discípulos. Encendió él mismo la hoguera, salida la luna, y arrojando algunos granos de incienso se volvió hácia el Mediodía, para pedir á los dioses le fuesen propicios. Hecho esto se despojó de sus sandalias, de sus alforjas y del manto, y saltó con mucha ligereza á las llamas, que le consumieron en un momento. Fue tan grande el entusiasmo que comunicó á to-

dos sus espectadores, que asegura Luciano, testigo é historiador de todas estas particularidades, que faltó poco para que le matase á pedradas el pueblo, porque quiso chancearse sobre la aventura de Peregrino.

21. Nos ha conservado el mismo Luciano tambien la historia del impostor Alejandro de Paflagonia, que no omitiremos, porque ella sola mas que todas las reflexiones, hace palpable la diferencia que habia entre nuestros Mártires y Taumaturgos, y sus vanos antagonistas. En sus principios representó Alejandro el papel de mágico, y corrió el mundo en compañía de una vieja, á la que se unió porque era rica, y abandonó despues que vió arruinada. Volvió á su patria entonces, y de mágico se transformó en profeta, con el auxilio de algunos oráculos de las Sibilas, que él mandaba á su antojo. Poseía ingenio y habilidad para formar cualquier enredo; y además tenia un aspecto agradable que no le sirvió de poco para engañar y seducir al vulgo ignorante. Anunció la próxima venida del dios Esculapio, y algunos dias despues mostró al pueblo una pequeña serpiente que tenia oculta dentro de un huevo, y al día siguiente otra mucho mayor, suponiendo que era la misma. Estaba el animal admirablemente domesticado, y hacia mil juegos divertidos, que fueron bastantes para darle reputacion de un dios. Ofrecieronle sacrificios y ricos presentes, erigiéronle estatuas de plata, y corrieron de todas partes á oír sus oráculos; pero siempre se necesitaba hacer algun regalo á esta divinidad.

Tuvo el Prefecto del Pretorio la debilidad de tomar sus consejos tambien sobre la suerte de una batalla, y el nuevo oráculo prometió la victoria, con tal que fuese arrojado un leon al Danubio. Cumplióse exactamente la condicion y se perdió la batalla: sin embargo esto no desanimó al profeta, pues dijo que habian interpretado mal la profecía. Fue necesario que muriese el impostor para detener el curso de semejante supersticion, el cual vaticinó que viviria cien años, y murió miserablemente á los setenta, roido de gusanos.

22. Semejante á esta fue la extravagancia impia de Montano, aunque estaba instruido en la fe católica. Deseaba con ardor el Episcopado, este eunuco, natural del pueblo de Ardaban en la Frigia, á pesar de su defecto natural, y de la cualidad de neófito que le excluían de esta dignidad. Por aquí dió entrada al demonio, de quien fue realmente poseido; y arrebatado y fuera de sí sin saberse por qué impulso, comenzó á usar un lenguaje extraordinario. Animábanle mas y mas sus admiradores, que eran unos rústicos Frigios, gritando que solo el Espíritu Santo podia hablar de aquel modo. Dos mugeres perdidas y endemoniadas como el seductor, se le reunieron, las que se llamaban Prisca ó Priscila, y Maximila. Eran ambas ricas, y se sirvieron ventajosamente de un medio siempre eficaz par persuadir á todo el que no está bien asegurado. Hablaban tambien arrebatadas, á egemplo de su maestro, y con un entusiasmo lleno de fanatismo. El primer uso que hicieron de los

dones que suponian haber recibido del Espíritu Santo, fue el de faltar á la ley de Dios separándose de sus maridos.

Montano con sus profetisas se tenia asimismo en mas precio que á todos los antiguos Profetas y á los santos Apóstoles, jactándose de haber recibido él solo la plenitud del Espíritu de Dios, ó el Paráclito prometido por el Redentor; y aun sus sectarios le dieron este nombre divino de Paráclito, queriendo persuadir que era la tercera persona de la Trinidad. Rayó tan alta la impiedad de estos fanáticos, que enseñaban, que no habiendo podido Dios salvar al mundo por Moisés, por los Profetas, ni aun por la Encarnacion del Verbo, habia descendido el Espíritu Santo en Montano, Priscila y Maximila.

Enseñaban los Montanistas un rigorismo nada conforme á los preceptos evangélicos, y admitian muy pocos pecadores á la penitencia afectando una severidad de moral correspondiente á su orgullo. Pusieron el nombre de Jerusalem á la pequeña ciudad de Pepucio ó Pepusia en Frigia, donde dominaban, y á donde atraían infinitas gentes. Tenian allí unos exactores que cobraban de todos un verdadero tributo con el nombre de oblacion, y lo exigian hasta de las viudas y huérfanos mas miserables, que estaban esentos de las cargas del estado. Cohonestábase todo con entregar este dinero á los doctores de la secta, á los cuales sostenian con gran regalo para aumentar su celo. Quisieron muchos santos Obispos ahuyentar los malignos espíritus que poseían á Priscila y Ma-

ximila, pero no lo consintieron sus codiciosos partidarios. Entonces se tuvieron varias asambleas eclesiásticas en el Asia, en las cuales despues de un maduro exámen, los refractarios pertinaces fueron solemnemente condenados, declarado herege Montano, y arrojado de la Iglesia con todos sus secuaces. Creen algunos que él y Maximila, cediendo á los impulsos del maligno espíritu, al fin se ahorcaron con sus propias manos: pero su muerte no acabó con la secta, que sobrevivió largo tiempo á sus autores.

Sedujo la heregía de Montano á algunos hombres doctísimos, despues de haber hecho grandes servicios á la Iglesia y egercitado su celo contra las heregías. Pero ¿á qué estravíos no está espuesto el espíritu humano; cuando apartándose de las reglas seguras de la autoridad Eclesiástica, quiere juzgar de la doctrina por las sospechosas apariencias de un rigorismo engañoso? Dividióse esta heregía, llamada del lugar donde tuvo su origen, Frigia ó Catafrigia, en una multitud de ramas diferentes, como todas las cosas que no se gobiernan por principios fijos.

23. Seguian á Próculo, ó Proclo, algunos Montanistas, otros á Esquines, y otros á cierta muger llamada Quintila, profetisa muy parecida á las compañeras del Heresiarca. Llegaron estos últimos al estremo de admitir á las mugeres al sacerdocio y al episcopado; queriendo que para conferir las órdenes sagradas no se tuviese cuenta con los sexos. Distinguía á muchos un ridículo ceremonial y los nombres estraños de Artotiritas ó Pasalorinquitas; denomina-

ciones análogas á su rito que consistia en ofrecer queso con pan en sus misterios, ó en ponerse el dedo en la nariz y en la boca cuando hacian oracion. Añadieron los Esquinistas á los errores de Montano la confusion de las personas de la Trinidad, cuyo dogma impío fue inventado por Praxéas, y despues le enseñó Sabelio con mucha mayor celebridad y escándalo. Debe interpretarse en este sentido lo que dice San Paciano de que Praxeas fue el doctor de los Catafrigos; pues ni de este ni de Teódoto á quien cuenta igualmente Paciano entre los doctores Montanistas, se sabe con certeza que fuesen de tal secta; aunque algunos de sus partidarios disputarán por otra parte la divinidad de Jesucristo.

24. Renovó Teódoto de Bizancio las impiedades de Cerinto y Ebion contra el Verbo Encarnado, y aunque era un simple curtidor, tuvieron sus errores grandes consecuencias, pues en realidad era hombre sabio. Habiendo estado preso durante la persecucion con otros muchos Cristianos que padecieron el martirio, llenóse de infamia con una ignominiosa apostasia: y como no pudiese tolerar las reprensiones de los demás fieles se ausentó á Roma donde juzgaba vivir oculto: pero habiéndole conocido le preguntaban en todas partes: ¿cómo siendo tan sabio has hecho traición á la verdad? Para conservar su honor del que era muy celoso, inventó un medio de defensa mas detestable que su primer delito, y publicaba que no habia renegado de Dios, sino solo de un hombre. Quién es ese hombre? le dijeron, y res-

pondió: Jesucristo, que no es mas que un hombre como nosotros por naturaleza. Dióse el nombre de Alogos á algunos que sostuvieron su heregía, cuyo nombre en griego significa los que niegan la divinidad del Verbo.

Estaban en la creencia de que los primeros maestros de la Religión y aun los mismos Apóstoles habian aprendido y generalizado esta doctrina conservada hasta el Pontificado del Papa Victor, el decimotercero de los soberanos Pontífices: y que el sucesor de este llamado Ceferino, habia adulterado la verdad. Así se explica un autor contemporaneo, cuyo nombre se ignora, citado por Eusebio, añadiendo que además de las divinas Escrituras, tenian contra sí los escritos de un gran número de fieles mas antiguos que Victor, y con esta ocasion prueba contra los Hereges y Gentiles que Jesucristo es Dios y Hombre juntamente." ¿Cuántos himnos y cánticos tenemos desde el principio de la Iglesia, dice el mismo autor antiguo, en que llamamos á Jesucristo Verbo de Dios y Dios verdadero? ¿Cómo es posible que siendo tan constante y notoria la doctrina de la Iglesia, se haya enseñado en ella hasta el tiempo de Victor, la que pretenden nuestros adversarios? ¿Y cómo no se avergüenzan de imputarla á un Pontífice que excomulgó al curtidor Teódoto, padre y caudillo de estos apóstatas? ¿Pero para qué citar los antiguos monumentos y las divinas Escrituras, cuando ellos desprecian estas reglas de la fe y estiman mucho mas á Euclides, ó Aristóteles, á Teofrasto, y aun al mis-

mo Galeno? Ellos echan mano de las invenciones de los Gentiles para fundar sus errores, y de la sutileza de los impíos para corromper la sencillez de las Escrituras, con pretexto de corregirlas. Á fin de persuadirles de lo que llevo dicho, no hay mas que comparar los diferentes egemplares que usan: ¿y qué podrán oponer cuando estas copias están escritas de su mano? No recibieron de ese modo las Escrituras de aquellos que los impusieron en la doctrina de la Iglesia: y no osarán mostrar los originales de donde han sacado sus copias." Hed aquí como se confundia desde entonces á los temerarios dogmatizadores, que pretendian que la fe cristiana no habia sido siempre la misma desde su origen.

25. Siguióse otro Teódoto posterior al de Bizancio, que enseñaba la misma doctrina en cuanto á Jesucristo á quien suponía del mismo modo un mero hombre, y aun afirmaba que era inferior á *Melquisedec*, por aquello que se lee en los salmos: *tú eres Sacerdote segun el orden de Melquisedec*; y estableciendo sobre estas palabras su ridiculo sistema, reputaba á Melquisedec virtud celestial, y abogado é intercesor de los ángeles, como Jesucristo lo era de los hombres. Preferíale tambien á Cristo, aunque confesaba que habia nacido del Espíritu Santo y de la Santísima Virgen, porque Melquisedec no tenia padre, ni madre, ni genealogía: y en consecuencia de esto le aplicaba lo que el Profeta dice del Hijo Eterno, que no puede comprenderse su principio, ni su fin. Se llamaron estos sectarios del segundo Teódoto